

# LA COMEDIA HUMANA

ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA

VOLUMEN I

*El Jardín de Epicuro*

¡Extranjero, aquí estarás bien: el placer es el fin supremo!

FICCIÓN

HONORÉ DE BALZAC  
**LA COMEDIA HUMANA**  
ESCENAS DE LA VIDA PRIVADA  
VOLUMEN I  
Traducción y notas de  
AURELIO GARZÓN DEL CAMINO

Imagen de la cubierta: “Flores de loto” de Charles Courtney Curran  
© De la presente edición, Hermida Editores, 2014.  
© De la adaptación de la traducción y las notas, Hermida Editores  
Calle Antonio Alonso Martín 10, 28860 Paracuellos de Jarama, Madrid  
Tel. 916584193  
e-mail [hermidaeditores@gmail.com](mailto:hermidaeditores@gmail.com)  
[www.hermidaeditores.com](http://www.hermidaeditores.com)  
© Traducción y notas de Aurelio Garzón del Camino  
Asesor literario de la colección: Jaime Fernández Martín  
ISBN: 978-84-941767-3-9  
Depósito legal: M-24509-2014  
Impreso en España  
Primera edición: Octubre de 2014





## ÍNDICE

Prólogo de Honoré de Balzac a <i>La Comedia humana</i>	11
--	----

### LA COMEDIA HUMANA

Escenas de la vida privada

Volumen I

La casa de “El gato juguetero”	33
El baile de Sceaux	107
La Vendetta	181
La bolsa	267
La amante imaginaria	307

**PRÓLOGO DEL AUTOR A  
LA COMEDIA HUMANA**



Al aplicar el título de *La Comedia humana* a una obra que se inició hace cerca de trece años, considero necesario exponer cuál fue la idea directriz que la engendró, como asimismo indicar su origen y dar cuenta por anticipado del plan de dicha obra. Al hacerlo deberé esforzarme en mantener una actitud ecuánime, procurando no parecer interesado en lo que tanto me concierne; posición que, por lo demás, no es tan difícil adoptar como acaso supongan los lectores. Verdad es que cuando la producción de un autor es escasa el amor propio suele apoderarse de él, pero no es menos cierto que la modestia es atributo de los autores prolíficos. Observación ésta que basta para explicar las críticas que Corneille, Molière y otros grandes autores hacen de sus obras: si es imposible igualarles en sus bellas concepciones, puede aspirarse en cambio a asemejárseles en este sentimiento.

La primera idea de *La Comedia humana* surgió en mí, al principio, como un sueño, como uno de esos proyectos imposibles que se acarician y se dejan escapar; una quimera que sonrío, que muestra su rostro de mujer y que despliega al punto sus alas remontándose a un cielo fantástico. Pero la quimera, como muchas otras quimeras, se trueca a veces en realidad y entonces dicta sus mandamientos, hace patente su tiranía, a la que hay que ceder.

Así ha sucedido en este caso. Bastó para ello una simple comparación entre la Humanidad y la Animalidad.

Sería un error suponer que la gran querrela que, en estos últimos tiempos, se ha suscitado entre Cuvier y Geoffroi-

Saint-Hilaire, reposaba únicamente sobre una innovación científica. La unidad de la materia preocupaba ya bajo otros términos a los espíritus más grandes de los dos siglos precedentes. Releyendo las obras tan extraordinarias de los escritores místicos que se han ocupado de las ciencias en su relación con el infinito, tales como Swedenborg, Saint-Martin, etc., y los escritos de los mayores genios en historia natural, tales como Leibniz, Buffon, Charles Bonnet, etc., se encuentran en las mónadas de Leibniz, en las moléculas orgánicas de Buffon, en la fuerza vegetatriz de Needham, en el *acoplamiento* de las partes similares de Charles Bonnet, lo bastante audaz para escribir en 1760: *El animal vegeta como la planta*; se encuentran, digo, los rudimentos de la hermosa ley del sí para sí sobre la que reposa la *unidad de la materia*. No hay más que un animal. El creador no se ha servido sino de un solo y único patrón para todos los seres organizados. El animal es un principio que toma su forma exterior, y, para hablar más exactamente, las diferencias de su forma, en los medios en que está llamado a desarrollarse. Las especies zoológicas resultan de estas diferencias. La iniciación y el mantenimiento de este sistema, en armonía por otra parte con las ideas que nos hacemos acerca del poder divino, constituirá la eterna gloria de Geoffroi-Saint-Hilaire, vencedor de Cuvier en este punto de la alta ciencia, y cuyo triunfo fue saludado por el último artículo que escribió el gran Goethe.

Penetrado de este sistema mucho antes que los debates a que dio lugar, pude ver que, en este aspecto, la sociedad se asemejaba a la Naturaleza, ¿La sociedad no hace del hombre, según los medios en que su acción se despliega, tantos hombres diferentes como variedades existen en zoolo-gía? Las diferencias entre un soldado, un obrero, un administrador, un abogado, un ocioso, un sabio, un hombre de Estado, un comerciante, un marino, un poeta, un pobre, un

sacerdote, son, aunque más difíciles de captar, tan considerables como las que distinguen al lobo, al león, al asno, al cuervo, al tiburón, al buey marino, a la oveja, etc. Han existido, pues, y existirán siempre, especies sociales como hay especies zoológicas. Si Buffon ha realizado una magnífica obra intentando representar en un libro el conjunto de la zoología, ¿no estará también por hacer una obra del mismo género con respecto a la sociedad? Pero la Naturaleza ha establecido, para las variedades animales, límites entre los cuales la sociedad no podía mantenerse, Buffon describía el león, y luego daba remate a la leona en algunas frases; mientras que en la sociedad la mujer no siempre es la hembra del macho. Puede haber dos seres perfectamente disímiles en un matrimonio. La mujer de un comerciante es a veces digna de serlo de un príncipe, y a menudo la de un príncipe no vale lo que la de un artista. El estado social presenta contingencias que la Naturaleza no se permite, ya que aquél es la Naturaleza más la sociedad. La descripción de las especies sociales era, pues, por lo menos, doble que la de las especies animales, sólo considerando los dos sexos. En fin, entre los animales se producen pocos dramas, la confusión no se suscita entre ellos apenas; se lanzan los unos contra los otros, esto es todo. Los hombres también se lanzan los unos contra los otros; pero su mayor o menor grado de inteligencia hace que el combate se complique en otra forma. Si algunos sabios no admiten todavía que la animalidad se trasfunda en la Humanidad por medio de una inmensa corriente de vida, el tendero llega ciertamente a par de Francia, y el noble desciende a veces al último peldaño de la escala social. Además, Buffon ha hallado que la vida es excesivamente sencilla en los animales. El animal tiene escaso mobiliario, no tiene ni artes ni ciencia; mientras que el hombre, por una ley que aun no se ha investigado, tiende a representar sus costumbres, su pensamien-

to y su vida en todo cuanto aplica a la satisfacción de su necesidad. Aunque Leuwenhoeck, Swammerdam, Spallanzani, Réaumur, Charles Bonnet, Muller, Haller y otros pacientes zoógrafos hayan demostrado lo interesantes que eran las costumbres de los animales, los hábitos de cada animal son, a nuestros ojos al menos, constantemente idénticos en todo tiempo; mientras que los hábitos, las ropas, las palabras, las viviendas de un príncipe, de un banquero, de un artista, de un burgués, de un sacerdote y de un pobre son enteramente diferentes y cambian a la par de las civilizaciones.

Por todo esto, la obra proyectada debía presentar una triple forma: los hombres, las mujeres y las cosas, es decir las personas, y la representación material que ellos dan de su pensamiento; en una palabra, el hombre y la vida.

Leyendo las secas y enfadosas nomenclaturas de hechos llamados *historias*, ¿quién no se ha dado cuenta de que los escritores han olvidado, en todas las épocas, en Egipto, en Persia, en Grecia, en Roma, darnos la historia de las costumbres? El pasaje de Petronio sobre la vida privada de los romanos excita, sin satisfacerla, nuestra curiosidad. Después de haber señalado esta inmensa laguna en el campo de la Historia, el abate Barthélemy consagró su vida a reconstruir las costumbres griegas en Anacharsis.

¿Pero cómo hacer interesante el drama de tres o cuatro mil personajes que una sociedad presenta? ¿Cómo agradar a la vez al poeta, al filósofo y a las masas que quieren la poesía y la filosofía bajo imágenes sugestivas? Si bien yo concebía la importancia y la poesía de esta historia del corazón humano, no veía en cambio ningún medio de ejecución, ya que, hasta nuestra época, los más célebres escritores imaginativos emplearon su talento en crear uno o dos personajes típicos, pintando un aspecto de la vida. Con tal pensamiento leí las obras de Walter Scott. Walter Scott, este bardo moderno, imprimía entonces una marcha gigantesca a

un género de composiciones injustamente llamado secundario. ¿No es verdaderamente más difícil hacerle la competencia al Registro Civil con Dafnis y Cloe, Roldán, Amadís, Panurgo, Don Quijote, Manon Lescaut, Clarisa, Lovelace, Robinson Crusoe, Gil Blas, Ossian, Julie d'Etanges, mi tío Tobías, Werther, René, Corina, Adolfo, Pablo y Virginia, Jeanie Dean, Claverhoe, Ivanhoe, Manfredo y Mignon, que ordenar los hechos, los mismos poco más o menos en todas las naciones, investigar el espíritu de leyes caídas en desuso, redactar teorías que extravían a los pueblos, o, como algunos metafísicos, explicar lo que es? En primer lugar, casi todos nuestros personajes, cuya existencia llega a ser más dilatada, más auténtica que la de las generaciones en medio de las cuales se les hace nacer, no viven sino a condición de ser una gran imagen del presente. Concebidos en las entrañas de su sociedad, todo el corazón humano se agita bajo su envoltura, y en ellos se esconde a menudo toda una filosofía. Walter Scott elevaba, pues, al valor filosófico de la Historia la novela, esa literatura que de siglo en siglo incrusta de diamantes inmortales la corona poética de los países en que las letras se cultivan. Ponía en ella el espíritu de los tiempos antiguos, reuniendo a la vez el drama, el diálogo, el retrato, el paisaje y la descripción; hacía entrar en ella lo maravilloso y lo real, elementos ambos de la epopeya, y hacía que se codeara con la poesía la familiaridad de los más humildes lenguajes. Pero, habiendo imaginado menos un sistema que encontrado su manera en el fuego del trabajo y por la lógica de ese trabajo, no pensó en ligar sus composiciones una con otra a fin de coordinar una historia completa, de la que cada capítulo hubiera sido una novela, y cada novela una época. Advirtiendo esta falta de encadenamiento, que por otra parte no hace al escocés menos grande, vi a la vez el sistema favorable a la ejecución de mi obra y la posibilidad de llevarla a cabo. Aunque deslumbrado, por decirlo

así, por la fecundidad sorprendente de Walter Scott, siempre semejante a sí mismo y siempre original, no me desesperé, pues encontraba la razón de su talento en la infinita variedad de la naturaleza humana. El azar es el mayor novelista del mundo: para ser fecundo, basta con estudiarlo. La sociedad francesa iba a ser el historiador, y yo tenía que limitarme a ser el secretario. Levantando el inventario de los vicios y de las virtudes, reuniendo los principales datos de las pasiones, pintando los caracteres, escogiendo los sucesos principales de la sociedad, componiendo tipos por la reunión de los rasgos de varios caracteres homogéneos, quizá pudiese llegar a escribir la historia descuidada por tantos historiadores: la de las costumbres. Con mucha paciencia y decisión, iba a realizar, sobre la Francia del siglo XIX, ese libro que todos echamos de menos, que Roma, Atenas, Tiro, Menfis, Persia o la India no nos han dejado sobre su civilización, y que, a imitación del abate Barthélemy, había intentado hacer sobre la Edad Media el animoso y paciente Monteil, aunque bajo una forma poco atractiva.

Este trabajo no era aún nada. Ateniéndose a esta reproducción rigurosa, un escritor podía llegar a ser un pintor más o menos fiel, más o menos afortunado, paciente o intrépido de los tipos humanos, el narrador de los dramas de la vida íntima, el arqueólogo del ajuar social, el denominador de las profesiones, el consignador del bien y del mal; pero, para merecer los elogios que todo artista debe ambicionar, ¿no debía yo estudiar las razones o la razón de estos efectos sociales y captar el sentido oculto en este inmenso conjunto de figuras, de pasiones y de sucesos? En fin, después de haber buscado, no digo encontrado, esta razón, este motor social, ¿no se hacía preciso meditar sobre los principios naturales y ver en qué se apartan o se acercan las sociedades de la regla eterna, de lo verdadero y de lo bello? A pesar de la extensión de las premisas, que podían constituir

por sí solas una obra, la obra, para ser completa, requería una conclusión. Así descrita, la sociedad debía llevar consigo la razón de su movimiento.

La ley del escritor, la que le hace ser tal, la que, me atrevo a decirlo, le hace igual y quizá superior al hombre de Estado, supone una decisión cualquiera acerca de las cosas humanas, una fidelidad absoluta a unos principios. Maquiavelo, Hobbes, Bossuet, Leibniz, Kant, Montesquieu son la ciencia que los hombres del Estado aplican. «Un escritor debe tener en moral y en política opiniones fijas, debe considerarse como un maestro de los hombres; pues los hombres no necesitan maestros para dudar», ha dicho Bonald. He adoptado desde los comienzos como regla estas palabras, que constituyen la ley del escritor monárquico tanto como del escritor democrático. Por ello, cuando se me quiere oponer a mí mismo, se encontrará que se ha interpretado mal alguna ironía, o acaso se querrán volver contra mí erróneamente las frases de alguno de mis personajes, maniobra peculiar a los calumniadores. En cuanto al sentido íntimo, al alma de esta obra, he aquí los principios que le sirven de base.

El hombre no es ni bueno ni malo, nace con instintos y aptitudes; la sociedad, lejos de depravarle, como ha pretendido Rousseau, lo perfecciona, le hace mejor; pero el interés desarrolla también sus malas inclinaciones. El Cristianismo, y sobre todo el Catolicismo, que, como ya lo he dicho en *El médico rural*, constituyen sistemas completos de represión de las tendencias depravadas del hombre, son los mayores elementos de orden social.

Leyendo atentamente el cuadro de la sociedad, vaciado, por decirlo así, en molde directo con todo su bien y todo su mal, se deduce de él la enseñanza de que si el pensamiento o la pasión —que comprende el pensamiento y el sentimiento— es el elemento social, es asimismo su elemento destructor. En esto, la vida social se asemeja a la vida humana. No

se les da a los pueblos longevidad sino moderando su acción vital. La enseñanza, o mejor la educación por Institutos religiosos, es, pues, el gran principio de la existencia para los pueblos, el único medio de disminuir la suma del mal y aumentar la del bien en toda sociedad. El pensamiento, principio de los males y de los bienes, no puede ser preparado, domado y dirigido más que por la religión. La única religión posible es el Cristianismo (léase la carta escrita desde París a Louis Lambert, en la que el joven filósofo místico explica, a propósito de la doctrina de Swedenborg, cómo no ha habido nunca más que una religión desde el origen del mundo). El Cristianismo ha creado los pueblos modernos, y él los conservará. De aquí, sin duda, la necesidad del principio monárquico. El Catolicismo y la Realeza son dos principios gemelos. En cuanto a los límites en los cuales deben encerrarse por las Instituciones estos dos principios, a fin de no dejarlos desarrollarse de un modo absoluto, todos comprenderán que un prefacio tan sucinto como ha de ser éste, no podría convertirse en un tratado de política. Por ello, no debo entrar ni en las disensiones religiosas ni en las disensiones políticas del momento. Yo escribo a la luz de dos verdades eternas: la Religión y la Monarquía, dos necesidades que los acontecimientos contemporáneos proclaman y hacia los cuales todo escritor de buen sentido debe intentar conducir a nuestro país. Sin ser enemigo del sistema electivo, principio excelente para constituir la ley, yo rechazo el sistema electivo *tomado como único medio social*, y sobre todo tan mal organizado como lo está hoy, ya que deja sin representación a considerables minorías en cuyas ideas y en cuyos intereses pensaría un gobierno monárquico. El sistema electivo, extendido a todo, nos da el gobierno por las masas, el único que no es responsable, y en el que la tiranía no tiene límites, porque su nombre es *la ley*. Esto me hace considerar a la Familia y no al Individuo como el

verdadero elemento social. En este aspecto, a riesgo de ser mirado como un espíritu retrógrado, yo me coloco del lado de Bossuet y de Bonald, en lugar de marchar con los innovadores modernos. Habiendo llegado a ser el sistema electivo el único medio social, si yo recurriese a él, no habría que inferir la menor contradicción entre mis actos y mi pensamiento. Un ingeniero denuncia que tal puente está a punto de hundirse y que hay peligro para todos en utilizarlo, y él mismo pasa por él cuando dicho puente es el único camino para llegar a la ciudad. Napoleón había adaptado maravillosamente el sistema electivo al espíritu de nuestro país. Por esta razón, los diputados de menos significación de su Cuerpo Legislativo han sido los más célebres oradores de las Cámaras bajo la Restauración. Ninguna Cámara ha alcanzado el valor del Cuerpo Legislativo, comparándolos hombre a hombre. El sistema electivo del Imperio es, pues, incontestablemente el mejor.

Algunas personas podrán encontrar algo de soberbio y de insolente en esta declaración. Se le harán reproches al novelista por querer ser historiador, y se le pedirán cuentas de sus teorías. Yo cumplo aquí con una obligación: esta es toda mi respuesta. La obra que he emprendido tendrá la longitud de una historia, y yo tenía que dar su razón, todavía oculta, sus principios y su moral.

Necesariamente forzado a suprimir los prefacios publicados para contestar a críticas esencialmente pasajeras, no quiero conservar de ellas aquí más que una observación.

Los escritores que persiguen una finalidad, aunque ésta signifique una vuelta a los principios del pasado por lo mismo que son eternos, deben siempre despejar el terreno. Ahora bien, todo el que aporta su piedra en el dominio de las ideas, todo el que señala un abuso, todo el que marca con una señal lo malo para que sea suprimido, pasa siempre por ser inmoral. El reproche de inmoralidad, que jamás se

le ha ahorrado al escritor valiente, es por otra parte el último que queda por hacerle, cuando ya se le ha dicho todo a un poeta. Si sois exacto en vuestras descripciones; si, a fuerza de trabajos diurnos y nocturnos, lográis escribir la lengua más difícil del mundo, se os arroja entonces la palabra inmoral al rostro, Sócrates fue inmoral, Jesucristo fue inmoral; ambos fueron perseguidos en nombre de sociedades que ellos derribaban o reformaban. Cuando se quiere matar a alguien, se le tacha de inmoralidad. Esta maniobra, familiar a los partidos, constituye la vergüenza de todos los que la emplean. ¡Lutero y Calvino sabían bien lo que hacían al servirse como de un escudo de los intereses materiales heridos! Por eso vivieron toda su vida.

Al copiar toda la sociedad, aprehendiéndola en la inmensidad de sus agitaciones, sucede, tenía que suceder, que tal composición ofrece más mal que bien, que tal parte del fresco representa un grupo culpable, y entonces la crítica condena su inmoralidad, sin llamar la atención sobre la moralidad de otra parte destinada a formar el contraste perfecto. Cuando la crítica ignoraba el plan general, yo la perdonaba, tanto más cuanto que no se le puede impedir a la crítica, igual que a la vista, a la palabra y al juicio, que se ejercite. Además, el tiempo de la imparcialidad no ha llegado todavía para mí. Por otra parte, el autor que no sabe decidirse a aguantar el fuego de la crítica no debe ponerse a escribir, así como un viajero no debe ponerse en camino contando con un cielo siempre sereno. Sobre este punto, debo todavía hacer observar que los moralistas de más conciencia dudan mucho de que la sociedad pueda ofrecer tantas acciones buenas como malas, y en el cuadro que de aquélla yo trazo, se encuentran más personajes virtuosos que personajes reprensibles. En él, las acciones censurables, las faltas, los crímenes, desde los más leves hasta los más graves, encuentran siempre su castigo humano o divino, patente o

secreto. He hecho más que el historiador, ya que soy más libre. Cromwell permanecía aquí abajo, sin más castigo que el que le infligía el pensador. Y todavía se ha discutido de escuela a escuela. El mismo Bossuet ha tenido miramientos con este gran regicida, Guillermo de Orange, el usurpador, y Hugo Capeto, ese otro usurpador, mueren tras una larga vida, sin haber experimentado más recelos ni más temores que Enrique IV y que Carlos I. La vida de Catalina II y la de Luis XIV, consideradas, fallarían en contra de toda especie de moral si se las juzgase desde el punto de vista de la moral que rige entre los particulares; ya que para los reyes y para los hombres de Estado, existen, como lo ha dicho Napoleón, una moral pequeña y una moral grande. Las *Escenas de la vida política* están basadas sobre esta bella reflexión. La historia no tiene por ley, como la novela, tender hacia el bello ideal. La historia es, o debía ser, lo que fue; mientras que la novela debe ser el mundo mejor, ha dicho la señora Nécker, uno de los espíritus más distinguidos del último siglo. Pero la novela no sería nada si, dentro de esta augusta mentira, no fuese verdadera en los detalles. Obligado a adaptarse a las ideas de un país esencialmente hipócrita, Walter Scott ha sido falso, en lo relativo a la humanidad, en la pintura de la mujer, porque sus modelos eran cismáticas. La mujer protestante no tiene ideal. Puede ser casta, pura, virtuosa; pero su amor sin expansión será siempre tranquilo y ordenado como un deber que se cumple. Parece como si la Virgen María hubiese enfriado el corazón de los sofistas que la proscribieron del cielo, a ella y a sus tesoros de misericordia. En el protestantismo, ya no hay nada posible para la mujer después de la falta; mientras que en la Iglesia Católica la esperanza del perdón la vuelve sublime. Esta es la razón de que no exista más que una sola mujer para el escritor protestante, mientras que el escritor católico encuentra una mujer nueva en cada nueva situación. Si